

JOHN CONNOLLY
NOCTURNOS

Traducción de Carlos Milla Soler

Índice

El vaquero del cáncer cabalga	11
El demonio del señor Pettinger	85
El rey de los elfos	101
La nueva hija	113
El ritual de los huesos	129
La sala de la caldera	145
Las brujas de Underbury	159
El mono del tintero	199
Arenas movedizas	211
Algunos niños se extravían por error	227
Profundidades verdes y oscuras	239
La señorita Froom, vampiro	251
El abismo de Wakeford	265
Nocturno	281
El capricho del señor Gray	295
El ciclo	313
Nocturnos: un colofón	
El lecho nupcial	325
El hombre de los Segundos Quince	335
La posada de Shillingford	347
Agradecimientos	361

Para Adèle, a quien siempre echaremos de menos

El vaquero del cáncer cabalga

El camino tenía tantos baches que los amortiguadores del vehículo de Jerry Schneider no daban abasto. Notaba el duro impacto de cada hoyo y cada rodera en la base de la columna y la posterior sacudida hasta lo alto del cráneo, así que cuando alcanzó a ver la granja, ya percibía los amagos de una atroz jaqueca. Las migrañas eran el mal que lo aquejaba, y confió en que ése no fuera el principio de una de ellas. Tenía trabajo pendiente y aquellos condenados dolores lo dejaban postrado en cama, al borde del vómito, sin más deseo que morir.

Dar ese rodeo hasta la granja de los Benson no le gustaba ni en las mejores circunstancias. Todos ellos, del primero al último de los siete miembros de la familia, eran fanáticos religiosos. Vivían prácticamente al margen del mundo, aislados casi siempre excepto cuando iban al pueblo a comprar provisiones, o cuando Jerry los visitaba, dos veces por semana, para recoger huevos de gallina campera y una selección de sus quesos caseiros. En opinión de Jerry, aquellos quesos apestaban, y él, personalmente, comía los huevos siempre revueltos y con tanta sal que habría vaciado el mar Muerto, pero los nuevos ricos que acudían en tropel al estado tanto en verano como en invierno se pirraban por el sabor de esos quesos y de los huevos, y estaban dispuestos a pagarlos a precio de oro en el establecimiento de Vern Smolley. Vern era listo, Jerry tenía que reconocerlo: había detectado enseguida esa tendencia del mercado, y había transformado la parte de atrás de su tienda de alimentación en una especie de paraíso del *gourmet*. A veces, Jerry se las veía y se las deseaba para encontrar un hueco donde dejar el coche en

el aparcamiento de Vern, de tan lleno como estaba de Lexus, Mercedes descapotables aún con el lustre del concesionario y, en invierno, esos lujosos 4 × 4 que sólo tenía la gente adinerada, con salpicaduras de barro de diseño para darles un aire rural más auténtico.

Los Benson no querían tratos con esa clase de individuos. Su viejo Ford se mantenía entero gracias a la fe y a alguna que otra cuerda, y vestían ropa de baratillo, eso cuando no la confeccionaba a mano la señora Benson o alguna de las hijas. A decir verdad, Jerry a veces no se explicaba cómo accedían a vender los productos de su granja a personas que, según opinaban ellos, se habían embarcado en un viaje sin retorno al infierno. Así y todo, no sería él quien se lo preguntara a Bruce Benson. Jerry procuraba reducir al mínimo toda conversación con Bruce, pues el viejo solía aprovechar la menor oportunidad para hacer proselitismo de su particular forma de beatería. Bruce, por alguna razón, consideraba que Jerry Schneider aún podía salvarse. Jerry no compartía la fe de Bruce. Le gustaban la bebida, el tabaco y la jodienda, y, por lo que sabía, ninguna de esas actividades entraban en el plan para la salvación de los Benson. Así que dos veces por semana, al volante de su furgoneta, Jerry ascendía por aquel camino, un verdadero campo de minas para su migraña, recogía los huevos y el queso con el mínimo de ruido y charla posibles, y volvía camino abajo, ahora un poco más despacio, ya que Vern descontaba de su retribución las roturas superiores al diez por ciento.

Jerry Schneider nunca había vuelto a sentirse del todo a gusto en Colorado, no desde que regresó de la Costa Este para cuidar de su madre. Ésa era la cruz de ser hijo único: no tenía a nadie con quien compartir la carga, nadie que asumiese parte de la tensión. La anciana empezaba a perder la memoria y había sufrido alguna caída grave, por lo que Jerry, obrando como debía, volvió al hogar de su infancia. Ahora daba la impresión de que la pobre mujer padecía una fatalidad nueva cada semana: torceduras de tobillo, magulladuras en las costillas, desgarros musculares. Lesiones como ésas iban a minar el aguante del propio Jerry, y eso que él tenía casi treinta años menos que su madre. Tratán-

dose de una persona de setenta y cinco, con osteoporosis en las piernas y artritis en los codos, era un milagro que aún se tuviera en pie.

Aunque allá en el este, la verdad sea dicha, las cosas no andaban muy boyantes desde el 11-S, y Jerry estaba trabajando a jornada reducida cuando tomó la decisión de regresar a casa. Si no hubiese vuelto, tarde o temprano habría acabado, seguramente, con un segundo empleo en un bar para llegar a fin de mes, y ya arrastraba cansancio más que suficiente para plantearse encima semanas laborales de setenta y cuatro horas sin más objetivo que ganarse el pan. Además, no tenía verdaderos vínculos en la ciudad. Había una chica, pero por entonces la relación iba ya de capa caída. Jerry supuso que ella no se llevaría un gran disgusto cuando le anunciase su marcha, y no se equivocó. De hecho, tuvo la sensación de que para ella fue un alivio.

Pero al volver a su lugar de origen recordó muchas de las razones por las que en su día se marchó de allí. Ascension era un pueblo pequeño, cuya prosperidad dependía de los forasteros, y la población renegaba de esa dependencia a la vez que disimulaba sus verdaderos sentimientos con sonrisas y apretones de manos. Aquello no se parecía en nada a Boulder, la ciudad más próxima, que a Jerry sí le gustaba porque era un reducto de progresismo. Muchas veces daba la impresión de que en Boulder los habitantes estaban a un paso de enarbolar su propia bandera y declarar la independencia. En Ascension, por el contrario, la gente se enorgullecía de vivir en un estado con suficiente material radiactivo bajo tierra para refulgir por la noche. Jerry se imaginaba que ciertas partes de Colorado, al igual que la Gran Muralla china, se veían desde el espacio exterior; como las montañas Rocosas, que aparecían envueltas en una tenue luminiscencia en la oscuridad. Sospechaba que en Ascension los vecinos se enorgullecían de que su estado actuase como una especie de baliza radiactiva para Dios o los extraterrestres o para L. Ron Hubbard. Más al sur, en sitios como Colorado Springs, cerca de la Academia de las Fuerzas Aéreas, las cosas estaban todavía peor; aun así, Ascension era todo un bastión de patriotismo incondicional.

Jerry se preguntaba también si la gente era más rara conforme se acercaba a Utah, como si los mormones pusieran algo en el agua o el aire. Eso explicaría el caso de los Benson y de otros elementos religiosos como ellos que parecían sentirse atraídos por esa zona. Tal vez se perdieron de camino a Salt Lake City, o se les acabó allí la gasolina, o acaso creyeron que ya estaban en Utah y que el Estado les tomaba el pelo haciéndoles pagar impuestos a Colorado.

Jerry no acababa de entender a los Benson, y habría deseado que, en lugar de tanto rezar, destinaran parte de ese tiempo a reparar el camino de acceso a la granja. Esa semana le costaba más avanzar a consecuencia del frío que había empezado a arreciar en el estado. Pronto llegarían las primeras nieves, y entonces Bruce Benson tendría que despejar el paso hasta su casa si pretendía seguir ganando dinero con el queso y los huevos. Todos los demás proveedores de Vern se ocupaban ellos mismos de la entrega de sus productos, pero no así Bruce Benson. Éste parecía no hacer distinción alguna entre su aborrecimiento por el pecado y su aborrecimiento por la localidad de Ascension, y generalmente prefería reducir al mínimo su contacto con la población. Su mujer era igual que él. Jerry Schneider no recordaba haber conocido a una tipa tan consumida y ceñuda como aquélla, y eso que él había rondado lo suyo. Así y todo, Bruce debía de haber hecho acopio de valor para trajinársela al menos cuatro veces (aunque Jerry se jugaba lo que fuera, incluso dinero, a que había apagado las luces y cerrado bien los postigos de las ventanas para hacerlo), ya que tenían cuatro hijos, tres chicas y un niño. Sin embargo, los hijos eran todos agraciados, quizá con cierto aire a Bruce, pero no tanto como para ofender a la vista de nadie, así que tal vez Bruce había puesto su semilla en otra mujer con mejor presencia que la suya. Probablemente la vieja bruja le había dado su bendición antes de dejarlo ir, agradeciendo no tener que hacer algo con lo que a lo mejor disfrutaba.

El niño, Zeke, era el menor. Tenía tres hermanas, y la mayor, Ronnie, poseía una belleza notable, tanto que a Jerry no le importaba escuchar los desvaríos de Benson durante un rato si ca-

sualmente ella se encontraba en la era ocupada en sus quehaceres. A veces el sol la iluminaba desde un ángulo perfecto, y Jerry veía sus contornos a través de la falda larga, las piernas un poco separadas, como una tienda de campaña invitándolo a entrar, los músculos de las pantorrillas y los muslos dorados por los rayos solares. Jerry sospechaba que Bruce sabía qué le rondaba por la cabeza en esos momentos, pero lo pasaba por alto con la esperanza de que Jerry llegara a ver la luz. Jerry, en cambio, esperaba ver algo muy distinto, y se preguntaba si Ronnie estaría dispuesta a enseñárselo en caso de que se encontraran a solas y lejos de la influencia de su padre por un rato. De vez en cuando le sonreía, y en su expresión se adivinaba que padecía las inevitables frustraciones de una joven atractiva como ella, privada de toda válvula de escape a sus apetitos. A los hijos los educaban los propios padres en casa, y Jerry intuía que el componente sexual de su formación se reducía básicamente a «no lo hagas, y menos con Jerry Schneider». Educados en casa, atendidos mal que bien sus enfermedades también en casa —Jerry confiaba en que nada grave le ocurriera a ninguno de ellos, porque los Benson rechazaban a los médicos y toda forma de intervención clínica—, y girando toda su existencia en torno a los miembros de la familia y un Dios remoto y deprimente..., desde luego no iba a ser fácil que las cadenas de televisión se decidieran a basar una comedia en la familia Benson.

También vivía con ellos un hermano de Bruce Benson. Se llamaba Royston, y Jerry había llegado a la conclusión de que era un tanto retrasado. Apenas hablaba, y movía la cabeza en un continuo gesto de asentimiento, como esos perritos que algunos llevan en el salpicadero del coche; en todo caso, parecía más bien inofensivo. Corría el rumor de que una vez, hacía un par de años, intentó meterle mano a la madre de Vern en la tienda, pero Jerry nunca se había atrevido a preguntarle a Vern —o a su madre— si aquello era verdad. Quizá fuera una de las razones por las que Bruce Benson nunca iba a la tienda. Nada agria tanto las relaciones entre la gente como que el hermano tonto de una de las partes aborde en plan italiano a la íntegra madre baptista de la otra parte.

Al cruzar la verja de la granja de los Benson, Jerry bajó instintivamente el volumen de la radio, ya que Bruce no tenía en gran estima la música, y menos aún, sin duda, la que en ese momento sonaba por los altavoces de la furgoneta de Jerry: la sensual voz de Gloria Scott secundada por el talento para la producción del gran Barry White, ya difunto. A Jerry le gustaba el toque del viejo Walrus. Tal vez no estuviera tan en la realidad como Isaac, y podía acusárselo legítimamente de haber establecido el tono lánguido e insípido del Rhythm & Blues moderno, pero en aquella concentración de cuerdas había algo que despertaba en Jerry el deseo de encontrar a una muchachita complaciente y ensuciar las sábanas de aceite para bebé y champán barato. Se preguntó si Ronnie Benson había oído alguna vez a Barry White. Por lo que Jerry sabía, los Benson ni siquiera escuchaban a esos predicadores chiflados del extremo del dial, esos que daban fe del amor de Dios y sin embargo parecían odiar a casi todo el mundo, o al menos a mucha gente como la que Jerry conocía y apreciaba. Si exponía a la prole de los Benson a la música de Barry White, posiblemente el viejo se quedaría tieso en el sitio y las hijas sucumbirían a algún tipo de delirio.

De forma discreta, Jerry volvió a subir un poco el volumen.

En cuanto llegaba el invierno, los Benson trasladaban a sus gallinas a un gran establo. De hecho, Bruce le había anunciado a Jerry que para su siguiente visita ya estarían allí, pero cuando se aproximó a los corrales situados a la derecha, Jerry vio pequeños bultos blancos esparcidos por la tierra. Estaban inmóviles. Como el viento les agitaba levemente las plumas, parecían temblar allí en el suelo, pero era sólo una falsa impresión de vida.

Al ver aquello, Jerry paró en seco. Dejando el motor al ralentí, se apeó de la furgoneta y se acercó a la alambrada. Cerca yacía, muerta, una de las gallinas de los Benson. Jerry se agachó para tocarla y apretó suavemente su carne con las yemas de los dedos. De inmediato rezumó de su pico y de sus ojos un líquido negro, y Jerry se apresuró a retirar los dedos y restregárselos en la costura del pantalón para limpiárselos de cualquier posible contagio.

Todas las gallinas estaban muertas, pero aquello no era obra de ningún animal. Jerry no veía sangre en las plumas, ni destrozo alguno. En el ángulo opuesto del corral, Jerry advirtió la presencia del gallo de los Benson, paseándose entre sus concubinas muertas, su cresta roja claramente visible mientras picoteaba el suelo en busca de los últimos granos para distraer el hambre. Por alguna razón había sobrevivido a la matanza.

Jerry regresó a la furgoneta e, inclinándose hacia el interior de la cabina, apagó el motor. Allí ocurría algo raro. Se respiraba desolación. Atravesó la era. La puerta de la casa de los Benson estaba abierta de par en par, sostenida por una cuña de madera encajada en la base. Deteniéndose al pie de la escalera del porche, llamó a Bruce Benson.

—¡Hola! —dijo—. ¿Hay alguien?

No contestaron. La puerta daba directamente a la cocina. Había comida en la mesa, pero Jerry, incluso desde fuera, notó que estaba podrida.

«Debería avisar a la policía. Debería avisar ya, y esperar a que lleguen», pensó.

Pero Jerry sabía que no tendría paciencia para eso. Optó por volver a la furgoneta, abrió la guantera y, de debajo de la acumulación de mapas, menús de restaurante y multas de aparcamiento impagadas, extrajo la Ruger envuelta en un paño. El arma no cambiaría las cosas, ya no, pero con ella en la mano se sintió mejor.

La cocina olía mal. La cena, pollo y panecillos, parecía llevar allí un par de días. Jerry se acordó de la gallina muerta en el corral, de la sustancia negra que había rezumado de su pico al tocarla. Dios santo, si las gallinas se habían contaminado de algún modo, y esa contaminación se había propagado a la familia... Pensó de pronto en los huevos que recogía y entregaba en el pueblo desde hacía seis meses, y en el pollo que Benson le había dado como obsequio de Acción de Gracias no hacía ni una semana. Jerry casi vomitó allí mismo, pero recobró la calma. No sabía de nadie que hubiera muerto por una enfermedad aviar, excepto, quizá, por aquella gripe aparecida en Asia, y lo que había matado a las gallinas de los Benson no se parecía en nada a las gripes que Jerry conocía.

Miró en el salón —no había televisor, sólo un par de sillones, un sofá con demasiado relleno y unos cuantos cuadros religiosos en las paredes— y en el cuarto de baño de la planta baja. No encontró a nadie. Al pie de la escalera, Jerry dio una voz más antes de subir a los dormitorios. Allí el hedor era más intenso. Jerry sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo apretó contra la nariz y la boca. Ya sabía qué le esperaba. De joven había trabajado en un matadero de Chicago, uno no muy escrupuloso con la calidad de la carne. Jerry no había vuelto a probar una hamburguesa desde entonces.

Bruce Benson y su mujer estaban en la primera habitación, tendidos bajo un gran edredón blanco. Él llevaba pijama; y su mujer, un camisón blanco de algodón. Un líquido negro manchaba su ropa y la cama, y restos reseco cubrían también la parte inferior de sus rostros. Bruce Benson tenía los ojos entreabiertos y unas lágrimas negras veteaban sus mejillas. Por la expresión de sus caras, Jerry dedujo que no habían tenido un final plácido. Aun en la muerte, el dolor permanecía grabado en ellas, como si fueran máscaras meticulosamente esculpidas por un artista trastornado.

Las hijas se hallaban en el siguiente dormitorio. Pese a que había una litera en un rincón, las tres compartían la cama grande en el centro de la habitación. Jerry imaginó que ésa era la cama de Ronnie. Ésta estrechaba a sus hermanas menores con los brazos, una a cada lado. Allí se veía más sangre negra, y Ronnie ya no era hermosa.

Jerry desvió la mirada.

El benjamín de la familia, Zeke, estaba en una habitación minúscula al final del pasillo. Lo habían tapado con una sábana. El primero en irse, pensó Jerry, cuando alguien conservaba aún fuerzas suficientes para amortajarlo después de morir. Pero si le quedaban fuerzas para eso, ¿por qué no para pedir ayuda? Los Benson tenían teléfono, y, a pesar de sus peculiares creencias, debían de haberse dado cuenta de que allí ocurría algo muy grave. Una familia entera no moría así, no en Colorado, ni en ningún lugar civilizado. Aquello parecía la peste.

Jerry se volvió para salir de la habitación del niño y una mano

le tocó el hombro. Giró sobre los talones, con la pistola en alto, y dejó escapar una especie de grito atormentado. Más tarde lo describiría como un chillido femenino, un sonido que nunca había imaginado que pudiera salir de él, pero no se avergonzaba. Como declaró a la policía, cualquiera habría reaccionado igual si hubiese visto lo que él vio.

Ante él estaba Royston Benson: Roy, el pobre retrasado, que amaba a Dios porque su hermano le decía que Dios era misericordioso, que Dios velaría por él si le rezaba con fervor y llevaba una vida decente y no andaba por ahí metiéndole mano a las madres ajenas en las tiendas de alimentación.

Sólo que Dios no había velado por Roy Benson, ni siquiera rezándole y manteniendo las manos quietas. Éstas se le habían hinchado y los dedos se le habían ennegrecido, y unos tumores oscuros cubrían su cara, rojos alrededor y negruzcos en el centro. Uno abarcaba la mitad izquierda de la cara, reduciendo su ojo a una ranura y desfigurándole los labios de modo tal que la comisura le quedaba en alto, como si sonriera. Jerry se fijó en los dientes que le quedaban, sostenidos apenas por las encías putrefactas, y en la lengua deformada que asomaba de la caverna de su boca. Un líquido negro le manaba de las fosas nasales, de las orejas y de las comisuras de los labios, acumulándose en el mentón para después caer al suelo gota a gota. Dijo algo, pero Jerry no lo entendió. Lo único que sabía era que Roy Benson estaba descomponiéndose ante sus ojos, y que lloraba porque no se explicaba cómo era posible que le ocurriera eso a él. Tendió la mano hacia Jerry, pero éste retrocedió. Por nada del mundo se dejaría tocar por Roy otra vez.

—Cálmate, Roy —dijo—. Tranquilo. Voy a pedir ayuda. Todo irá bien.

Pero Roy movió bruscamente la cabeza en un gesto de negación, y con su sacudida salpicó de mocos, lágrimas y sangre negra la cara y la camisa de Jerry. Intentó formar palabras de nuevo, pero no le salieron, y de pronto empezó a agitarse con espasmos y convulsiones, como si algo fuera a escapar de dentro de él con un reventón. Se desplomó y se dio tal cabezazo contra las tablas del suelo que los juguetes de su sobrino muerto saltaron de los

estantes. Arañó la madera y las uñas de los dedos se le desprendieron. Al cabo de un momento, ante la mirada de Jerry, los tumores de su cara comenzaron a expandirse y colonizar las últimas porciones de piel ilesas, apresurándose a converger antes de que su huésped muriese.

Y mientras el último rastro de color blanco desaparecía de su cara, Roy Benson dejó de debatirse y se quedó inmóvil.

Jerry se alejó a trompicones del cadáver. Tambaleándose, cruzó la puerta, buscó el cuarto de baño y vomitó en el lavabo. Siguió con arcadas hasta que sólo salió de él saliva y aire pestilente; luego se miró en el espejo, esperando ver, en parte, cómo aquella horrible negrura se extendía por su cara y borraba sus facciones, tal como le había ocurrido a Roy Benson.

Pero no fue eso lo que vio. Giró la cabeza y se fijó en el cigarrillo que había en un cenicero junto al inodoro. El cenicero estaba lleno de colillas, pero ésa en particular aún humeaba, y la última voluta de nicotina se disipó ante Jerry mientras la observaba.

En aquella casa nadie fumaba. Nadie fumaba, ni bebía, ni decía palabras malsonantes. Nadie hacía nada aparte de trabajar y rezar y, en los últimos días, pudrirse como carne pasada.

Y supo entonces por qué los Benson no habían pedido ayuda por teléfono.

Comprendió que allí había alguien.

Allí había alguien para verlos morir.